

El viejo comenzó á preparar su pequeño escritorio cuando se hubo atracado bien de carne y de cerveza, halagado sin duda por su reciente ascenso; y despojándose de su levita, comenzó á trabajar con afán. Arturo comprendió fácilmente que tan inútil sería contar con los servicios de aquel viejo zorro, como con los del retrato de su padre para averiguar cosa alguna.

—¡Hola, Affery!—exclamó Jeremías al ver á su esposa cruzar el vestíbulo,—aun no habías hecho la cama del señor Arturo cuando yo he subido; á ver si despachamos pronto.

Pero á Clennam le parecía la casa demasiado triste y lúgubre, y no estaba dispuesto á presenciar una invocación de venganza contra los enemigos de su madre, en la cual no estaba tampoco seguro de no ser comprendido; y en su consecuencia anunció que se alojaría en el hotel donde había dejado su equipaje. Como á Flintwinch le convenía sin duda que Arturo no estuviese en la casa, y á la señora Clennam no le desagradaba que se fuese, pudo efectuar el cambio de domicilio sin que se promoviese ninguna cuestión. Convínose en que la viuda, Flintwinch y él se reunirían diariamente, consagrandó algunas horas á la comprobación indispensable de varios libros de cuentas y documentos; y arreglado así, Arturo abandonó el hogar doméstico, donde había vuelto á entrar al cabo de tantos años.

Por espacio de dos semanas trabajóse activamente en dicha comprobación, desde las dos de la mañana hasta las seis, deducidos los intervalos de reposo, durante los cuales la enferma observaba fielmente su régimen de ostras y perdicés, mientras que Arturo se paseaba un poco. La joven Dórrit estaba algunas veces allí, ocupada en alguna costura, y otras no estaba, ó bien presentábase como humilde visitante. La curiosidad que desde un principio inspirara á Clennam aumentó de día en día, á fuerza de ver á la joven, de contemplarla y de pensar en ella. Bajo la influencia de una formal preocupación que acabó por una idea fija, hasta tomó la costumbre de discutir consigo mismo las probabilidades de que la pequeña Dórrit estuviese mezclada de un modo cualquiera con sus escrúpulos. Por esto resolvió al fin seguir á la joven y tomar informes sobre ella.



CAPITULO VI

El Padre de la Mariscalía

Treinta años hace, á pocos pasos de la iglesia de San Jorge, en el distrito de Suthwark, veíase á la izquierda de la calle la prisión conocida con el nombre de *Mariscalía*, destinada principalmente á los encausados por deudas; contaba muchos años de existencia, y aún se conservó algún tiempo después de dicha época, pero ha desaparecido ya, sin que nadie le eche de menos.

Era un edificio oblongo, especie de cuartel dividido en miserables casuchas apoyadas unas contra otras, y circuidas por un estrecho patio protegido por altas paredes coronadas de puntas de hierro, como conviene á una cárcel.

Esta prisión, pequeña y malsana, contenía en su seno otra, de peores condiciones aun, para encerrar á los contrabandistas. Los delincuentes que habiendo faltado á las leyes ó re-

glamentos del fisco debían satisfacer una multa, y no podían pagar, eran encerrados en unas celdillas muy sólidas resguardadas por una puerta reforzada con planchas de hierro, y á las cuales se llegaba por un pasillo obscuro de metro y medio de anchura que formaba el misterioso límite del patio, muy reducido, donde los presos se entretenían en jugar á los bolos.

Mucho antes del día en que el sol abrasaba con sus rayos incandescentes la ciudad de Marsella, como hemos dicho en otro lugar; y también antes de la época en que comienza esta historia, habíase conducido á dicha prisión un deudor que debe figurar en nuestro relato.

En la época de que hablamos, este deudor era un caballero de mediana edad, muy amable é ingenuo: confiaba en salir pronto, y estaba persuadido de obtener la libertad en el más breve plazo, como sucede generalmente, pues nunca las puertas de la prisión por deudas se han cerrado sobre un deudor que no abrigase la misma esperanza. Había llevado consigo su maletín, pero preguntábase si valdría la pena de abrirlo; tan seguro estaba de salir de su prisión al cabo de uno ó dos días.

Era un hombre silencioso y tímido, de bastante buen aspecto, aunque algo afeminado; tenía la voz melosa, cabello naturalmente rizado, y las manos adornadas de sortijas, á la moda de aquella época. Durante la primera hora de cautividad se le había visto pasar sobre los labios más de cien veces su mano temblorosa, y parecía inquietarse principalmente por su mujer.

—¿Cree usted—preguntó el carcelero,—que se afectará mucho cuando se detenga ante la puerta de la prisión?

El carcelero contestó, fundándose en su experiencia personal, que unas mujeres se afligían mucho, y que otras no, siendo estas últimas las más numerosas.

—Ante todo—añadió el carcelero filosóficamente,—¿cómo está de salud su señora? Ya comprenderá usted que esto influye mucho.

—Es muy delicada y no tiene la menor experiencia—contestó el preso.

—Tanto peor—repuso el carcelero,—porque así las probabilidades están contra ella.

—Tiene tan poca costumbre de salir sola—dijo el preso,—que no veo cómo podrá encontrar el camino, si viene hasta aquí á pie.

—Tal vez tome un coche.

—Es muy posible.

Y tocándose los labios con su mano temblorosa, murmuró después de breve pausa:

—Espero que así lo haga, pero también es posible que no piense en ello.

—O quizás—dijo el carcelero, que al parecer trataba de consolar al recién llegado como lo hubiera hecho con un niño cuya debilidad le inspirase compasión,—rogará á su hermano ó á su hermana que la acompañen.

—No tiene hermano, ni hermana.

—Pues entonces un sobrino ó una prima, ó la criada, ó aunque sea un dependiente de la tienda ¡qué diablo! siempre encontrará alguien que le preste tan sencillo favor sin la menor dificultad.

—Espero—dijo el preso,—que los reglamentos no se opondrán á que traigan los niños.

—¡Los niños!—repitió el carcelero,—no señor, nada de eso. ¡Pues si tenemos aquí toda una escuela, y no se ve otra cosa! ¿Cuenta usted muchos?

—Sólo dos—contestó el preso, volviendo á tocarse los labios y alejándose del postigo para volver al interior de su prisión.

—Dos niños y usted son tres—murmuró para sí el carcelero, siguiendo con la vista á su interlocutor;—y apostaría un escudo que la mujer es tan niña como el marido, con lo cual serían cuatro. También apostaría que hay otro en camino, en cuyo caso resultarían cinco.

Al día siguiente llegó la mujer con un niño de tres años y una niña de dos.

—Supongo que habrá usted alquilado un cuarto—dijo el carcelero al preso.

—Sí; una habitación muy buena.

—¿Tiene usted algo para amueblarla?

—Espero recibir lo más necesario, que debe llegar esta misma tarde.

—¿Vendrán la señora y los niños para hacerle compañía?

—Naturalmente; hemos pensado que sería mejor no separarnos, ni aun por algunas semanas.

—¡Ni aun por algunas semanas!—repitió el carcelero con una sonrisa, siguiendo otra vez con la vista á su nuevo inquilino, que se alejaba, y encogiéndose de hombros.

Los negocios de este preso estaban muy embrollados, por causa de una asociación comercial de la que sólo sabía una

cosa, y es que tenía puesta en ella toda su fortuna. Habían surgido dificultades jurídicas con motivo de varias transferencias y contratos, de actas de transmisión por aquí y por allá; después se suscitó una sospecha sobre preferencias ilegales con tal ó cual acreedor; y hubo, en fin, una misteriosa desaparición de ciertos valores. Ahora bien, nadie era tan incapaz como el deudor de que hablamos, de explicar una sola cifra en medio de aquella confusión, en la que no era posible comprender nada: interrogarle en detalle para hacer que concordasen sus respuestas; encerrarle con expertos procuradores que estuviesen al corriente de todas las mañas de los que se declaran en quiebra, era aumentar las complicaciones de la causa con la rapidez de una suma colocada á intereses compuestos. A cada tentativa de este género, el deudor se pasaba por los labios su mano temblorosa; y así es que los prácticos más duchos renunciaron á sacar partido alguno de semejante cliente.

—¡Marcharse él!—murmuró el carcelero,—¡vamos! no se irá nunca, á menos que sus acreedores quieran cogerle del brazo para sacarle de aquí.

Hacía ya cinco ó seis meses que el preso se hallaba en aquella cárcel, cuando una mañana acudió presuroso y conternado para decir al carcelero que su mujer estaba enferma.

—¡Pardiez!—exclamó el hombre,—fácil era prever que enfermaría.

—Pensábamos—dijo el prisionero,—que fuese mañana á ocupar una casita en el campo. ¿Qué hacer, gran Dios, qué hacer?

—No pierda usted el tiempo en levantar las manos y morderse las uñas—dijo el carcelero, cogiendo á su interlocutor por el brazo;—venga usted conmigo.

El preso, que temblaba como un azogado, murmurando á cada instante: «¿Qué hacer?» mientras que su mano temblorosa extendía por las mejillas las lágrimas que caían de sus ojos, fué conducido por el carcelero al piso superior, subiendo por una de las escaleras más pobres de la prisión: llegados ante una puerta, el carcelero llamó con su llave.

—¡Adelante!—gritó una voz en el interior.

Los dos hombres entraron: en el fondo de una pequeña y mísera habitación, donde no se percibía muy buen olor, hallábanse sentados dos individuos ante una mesa de pies desiguales; jugaban tranquilamente al ecarté, con sus pipas en la boca, y tenían á su lado una copa de aguardiente.

—Doctor—dijo el carcelero,—la persona que me acompaña tiene su esposa enferma y necesita los auxilios de usted; no hay momento que perder.

—¿Se trata de un parto?—preguntó el doctor,—soy con usted al momento.

Así diciendo, buscó un peine en la meseta de la chimenea para arreglarse un poco el cabello, cogió su estuche, ya viejo y sucio, púsose un raído tapabocas, manchado de grasa, y salió de la habitación. Era un hombre grueso, coloradote, desaseado en toda su persona; vestía un levitón de paño basto, roto en varios sitios, agujereado en los codos y casi sin botones.

El médico y el deudor bajaron la escalera presurosos, mientras el carcelero volvía á ocupar su puesto, y dirigiéronse á la habitación de la enferma. Todas las mujeres que se hallaban en la prisión habían tenido noticia del hecho y estaban reunidas en el patio; dos de ellas, animadas de un sentimiento caritativo, querían llevarse los dos niños; otras se disponían á ofrecer algunas golosinas, tomadas de sus escasas provisiones; y todas manifestaban sus simpatías con extrema volubilidad. En cuanto á los presos, pensando que sólo podían desempeñar en aquella ocasión un papel muy secundario, habíanse retirado á sus habitaciones, donde los más, asomados á sus ventanas saludaron con silbidos al doctor, que cruzaba por el patio; mientras que otros, situados á la altura de dos ó tres pisos hacían alusiones sarcásticas sobre el incidente que ocasionaba todo aquel movimiento.

Era un caluroso día de verano y las habitaciones de la prisión se recocían entre las altas paredes que rodeaban la cárcel. En la pequeña sala que constituía la habitación de nuestro deudor, la señora Beaugham, recadera de oficio, que servía á los presos como medio de comunicación con el mundo exterior, habíase ofrecido de enfermera en aquella ocasión, y también para espantar las moscas, pues había tantas, que las paredes y los techos estaban completamente negros. Esta enfermera, hábil en buscar expedientes, daba aire á la mujer del preso con una hoja de col, mientras que con la otra mano llenaba varios botes viejos con una mezcla de vinagre y azúcar, preparando así una peligrosa emboscada contra los dípteros que infestaban la habitación.

—Las moscas molestan mucho, ¿no es verdad?—decía la señora Beaugham á la enferma; pero también pueden servir de distracción, lo cual es conveniente para usted. Como tene-

mos cerca el cementerio y varias cuadras, estos insectos engordan mucho, pero tal vez nos las envía el cielo para consolarnos. ¿Cómo se encuentra usted ahora? No puede usted estar mejor sin haber empeorado antes; supongo que ya lo sabrá; pero consuélese usted pensando que en esta prisión verá pronto la luz un hermoso querubín. Es un acontecimiento que no ha ocurrido entre estas paredes desde no sé cuántos años hace. ¡Ah! ya tenemos aquí á su esposo con el doctor Haggage; ahora ya no nos queda nada que esperar.

El doctor acababa de entrar, pero no era la aparición más propia para que la enferma no tuviese ya nada que desear. El tratamiento que el doctor juzgó oportuno adoptar en aquella circunstancia no tenía nada de nuevo, como no sea el haberse manifestado resuelto á mantener á la enfermera á la altura de sus funciones.

—Señora Beaugham—le dijo á los pocos minutos de haber entrado,—irá usted á buscar un poco de aguardiente para que no le impresione demasiado la emoción.

—Gracias, caballero—contestó la enfermera,—no lo necesito, pues mi sistema nervioso se halla en buen estado.

—Señora—replicó el doctor,—he sido llamado aquí en calidad de médico, y no toleraré que discuta usted conmigo. Bajará usted á buscar un poco de aguardiente, pues preveo que sin él no podrá resistir la fatiga.

—Debo obedecerle—dijo la mujer levantándose,—y añadiré que si humedece usted un poco los labios en esa bebida, no le hará mal. Me parece que no está usted muy bueno.

—Señora—repuso el doctor,—tengo derecho de intervenir en los asuntos de usted, pero nada le importan los míos, y por lo tanto hágame el favor de no ocuparse de ellos. Límitese á obedecerme y vaya pronto á buscar lo que mando.

La señora Beaugham lo hizo así, y cuando hubo vuelto, el doctor le propinó una dosis tomando también la suya; repitió este tratamiento de hora en hora, desplegando siempre la misma firmeza con su ayudanta; y así transcurrieron tres ó cuatro horas. Las moscas caían á centenares en la emboscada que se les había preparado; y al fin llegó el instante de sacar á luz una criatura apenas más vigorosa que una de las numerosas víctimas que cubrían la mesa.

—¡Preciosa niña!—exclamó el doctor;—es muy pequeña, pero está bien conformada. ¡Hola, señora Beaugham! parece usted aturdida; vaya usted corriendo á buscar un poco más

de aguardiente, porque conozco que está padeciendo usted un ataque nervioso.

Las sortijas que adornaban los dedos temblorosos del preso habían comenzado á caer, como las hojas del árbol cuando se acerca el invierno; ya no le quedaba ninguna aquella noche cuando puso en la mano grasienta del médico alguna cosa que produjo un sonido metálico. Durante el día la enfermera había visitado varias veces un establecimiento de la vecindad, muy conocido con el nombre de *Las tres bolas de oro* (1).»

—Gracias—dijo el doctor,—gracias; su señora está tranquila y no hay cuidado.

—Estoy muy satisfecho y agradecido—replicó el preso,—aunque hubo un tiempo en que poco pensaba que..

—Tendría usted aquí una niña—interrumpió el médico.—¡Bah! caballero, ¿qué importa esto? ¿Qué le falta á usted? Un poco de espacio; nada más. Aquí estamos tranquilos, sin temor de que nadie nos atormente; ninguno vendrá á preguntar si está usted en casa, anunciando que no se irá hasta que usted haya vuelto; aquí no le dirigirá nadie cartas amenazadoras pidiéndole dinero; aquí está la libertad, la verdadera libertad, la inestimable libertad. He ejercido largo tiempo mi profesión, así en mar como en tierra, en mi país y en el extranjero; y no creo haber desempeñado nunca mi cargo en tan perfecta calma como la que me rodea ahora. Fuera de este sitio, los hombres viven inquietos, siempre con cuidados, sufriendo enojos y contrariedades; los que estamos aquí hemos pasado por todas esas fases: hemos conocido los últimos rigores de la suerte, hemos llegado al fondo del abismo y... ¿qué hemos hallado? La paz. He aquí el resultado de nuestra situación.

Hecha esta profesión de fe, el doctor, verdadero pilar de aquella prisión, más bebido que de costumbre, y estimulado además por la posesión del dinero que guardaba en su bolsillo, volvió presuroso á reunirse con su amigo para continuar la partida.

Ahora bien, nuestro preso no se parecía en nada al doctor, pero también había comenzado á viajar como él, siguiendo un segmento opuesto del mismo círculo, en dirección al mismo objetivo que su consejero médico. Aniquilado al pronto

(1) Es la muestra que en Inglaterra indica las casas donde se presta sobre alhajas.

por su encarcelamiento, no tardó en hallar un triste alivio. Le habían encerrado bajo llave, pero si ésta le impedía salir, en cambio cerraba la entrada á muchos enojos. Si el preso hubiese tenido suficiente energía para hacer frente á sus enemigos y combatirlos, tal vez habría roto las mallas de la red que le envolvía; ó quizás hubiera perecido en la demanda; pero siendo lo que era, dejóse deslizar con languidez por la pendiente sin dar un paso para levantarse.

Cuando se vió libre de sus embrollados negocios, que nadie podía aclarar, y de los cuales rehusaron encargarse diez ó doce procuradores, declarando que no tenían pies ni cabeza, el cautivo comenzó á reconocer que la prisión era un lugar de refugio, más tranquilo de lo que al principio creyera. Había abierto su maleta hacía mucho tiempo, y sus hijos bajaban á jugar al patio. Todos los habitantes de la prisión conocían á la niña que allí había venido al mundo bajo los auspicios del doctor Haggage y creían tener sobre ella cierto derecho.

—¿Sabe usted que comienzo á estar orgulloso de contarle entre mis presos?—dijo un día el carcelero al detenido.—Pronto será usted el más antiguo inquilino de la casa, tanto, que si se marchara con su familia parecería que nos falta algo.

El carcelero se enorgullecía verdaderamente de albergar á este preso, del que hacía siempre los mayores elogios. Cuando algún recién venido le preguntaba quién era, contestábase al punto:

—De los que han nacido para caballeros; seguramente ese hombre es uno de ellos, y bien se conoce que no se han perdonado gastos para educarle. Un día subió á la habitación del gobernador para probar un piano nuevo, y tocóle de una manera que causó admiración, según me han dicho. En cuanto á las lenguas, habla todo lo que quiere. Aquí tuvimos un francés, hace algún tiempo, y creo que el preso de quien le hablo poseía el idioma mejor que él; en otra época trajeron un italiano, y también mi preso le cerró la boca. Seguramente se encontrarán personas notables en otras prisiones; pero si quiere usted una muestra de primera clase por lo que hace al saber, venga á buscarla á la *Mariscalía*.

Cuando la niña más joven hubo cumplido los ocho años, la mujer del preso, cuya salud languidecía, no por estar en la prisión, sino porque era naturalmente delicada, fué á pasar algún tiempo en el campo con una humilde amiga, en cuya casa murió. El marido estuvo encerrado en su cuarto por espa-

cio de quince días; cuando volvió á salir, tenía el cabello más gris; y el carcelero observó que sus manos temblorosas volvían á tocar con frecuencia los labios como al principio; mas el preso se repuso al cabo de un mes ó dos y sus hijos siguieron jugando en el patio, aunque vestidos de luto.

Por su parte la señora Beaugham, que durante tantos años había sido mensajera de los presos, comenzó á estar achacosa; y como su afición á la bebida la hacía incurrir en muchas torpezas, su hijo comenzó á reemplazarla: era un muchacho muy listo para los recados, y que conocía al dedillo la prisión y las calles de la ciudad.

Andando el tiempo, el carcelero comenzó á debilitarse; hinchióse el pecho, y su respiración se hizo dificultosa; quejábase de que ya no le era posible estar siempre sentado en el escabel oficial, y por lo tanto descansaba en un sofá muy mullido. A veces le costaba tanto respirar, que pasaban algunos minutos sin que le fuera posible abrir ó cerrar la puerta de la prisión cuando debía hacerlo; y si estas crisis duraban mucho tiempo, el antiguo preso cogía la llave y desempeñaba las funciones de carcelero.

—Usted y yo—le dijo este último cierta noche que nevaba, y en que á causa de la crudeza de la temperatura se habían reunido muchos presos en la habitación del carcelero,—somos los más antiguos que hay aquí, pues apenas hacía siete años que yo desempeñaba mi cargo cuando usted llegó; á mí me falta ya poco tiempo para que el Señor me dé el pasaporte, y cuando esto suceda, usted será el Padre de la *Mariscalía*.

Al día siguiente se cumplió el pronóstico del carcelero, que recibió su pasaporte para salir de la cárcel de este mundo, y entonces se recordaron sus últimas palabras. Una tradición de la *Mariscalía* estableció que aquel preso anciano, de carácter tan afable y de cabello blanco, era el Padre de la *Mariscalía*.

El preso acabó por enorgullecerse de este título; y hasta observóse en él una tendencia á exagerar el número de años que había estado en la prisión. Tomóse la costumbre de presentarle todos los nuevos presos que entraban, y él tenía en mucho que se cumpliera con esta formalidad, la cual se efectuaba en su mísera habitación para que tuviese un carácter más oficial.

El antiguo deudor, ó el decano de la prisión, como podríamos llamarle, encontraba de vez en cuando bajo la puerta de su cuarto cartas dirigidas al Padre de la *Mariscalía*, conte-

niendo á veces medio duro, otras uno, y en algunas ocasiones hasta cinco, procediendo todas ellas de los individuos que recobraban la libertad. El decano aceptaba estos donativos como un libre tributo ofrecido al personaje oficial por sus súbditos agradecidos. Sin embargo, esta benéfica correspondencia comenzó á languidecer al cabo de cierto tiempo, sin duda porque no todos estaban en disposición de ocuparse en escribir al momento de una marcha precipitada; y entonces el decano tomó la costumbre de acompañar hasta la puerta de salida á los presos de cierta importancia, cuando obtenían la libertad. El favorecido así honrado, después de estrechar la mano del antiguo preso, deteníase generalmente para envolver alguna cosa en un pedazo de papel, y después de alejarse algunos pasos, volvía presuroso gritando:

—¡Eh! ¡Oiga usted!

El decano volvía la cabeza con aire sorprendido, preguntando á su interlocutor:

—¿Es á mí á quien usted llama? ¿Se le ha olvidado alguna cosa?

—Sí—contestaba el otro,—se me olvidaba entregar á usted esto para el Padre de la Mariscalía.

—Caballero—replicaba el decano,—el Padre de la Mariscalía queda profundamente agradecido.



CAPITULO VII

La hija de la Mariscalía

La niña que al venir al mundo había aspirado con su primer aliento el olor del aguardiente del doctor Haggage, debía ser conocida sucesivamente por todas las generaciones de los habitantes de la prisión (en la Mariscalía se calculaba que estas generaciones eran de tres meses, por término medio,) como había sucedido con su Padre común. Cada uno de los que ingresaban en el establecimiento, como *pensionista*, veíase obligado, por decirlo así, á coger en brazos á la niña nacida en aquella prisión.

—Según costumbre—dijo el carcelero la primera vez que le enseñaron la niña,—á mí me corresponde ser su padrino.

El decano reflexionó un instante y preguntó después: